

RELATO

MÁS NEGRO QUE EL COLOR NEGRO

CARLOS ALBERTO
VELÁSQUEZ CÓRDOBA¹

¹ Medellín 1966. Médico y Cirujano. Especialista en Epidemiología. Ha alternado su profesión médica con las letras. Ha sido participante en los talleres de literatura del escritor Luis Fernando Macías (COMEDAL). Correo: calveco@une.net.co

Si pudiera retroceder el tiempo lo haría a cualquier costo. Pero no es posible hacerlo, así como tampoco puedo probar que lo que ocurrió en el laboratorio fuera una conspiración para hacerme daño.

Desde hacía varios años, Kirchner y yo trabajamos en varios proyectos de física. Sin embargo, debido a opiniones irreconciliables con respecto a algunas teorías, nos fuimos distanciando un poco y comenzamos a hacer nuestras investigaciones, cada uno por separado.

Nuestra amistad, o lo que quedaba de ella, se disolvió por completo cuando descubrí que había sustraído, no sé cómo, mi trabajo sobre la reflectividad de la luz en las telas de araña. Por muchos años había

estudiado el comportamiento de las partículas lumínicas sobre las proteínas de esas estructuras dando como resultado una refringencia tornasolada. Kirchner robó parte de mi investigación y la presentó en un congreso nacional, ponencia que le valió el reconocimiento de todos los asistentes.

No me enteré del plagio hasta que la organización Kellogg le concedió una jugosa beca para investigación precisamente por mi trabajo. Intenté impugnar el premio mostrando que era una investigación robada, pero no tenía forma de comprobar mi autoría en el proyecto. Por el contrario, varios colegas de la universidad se mostraron “indignados” por mi comportamiento, que fue interpretado como “celos profesionales”. Entonces me prometí que tarde o temprano cobraría venganza.

Pero Rogelio Kirchner no era una persona confiada. Todo lo contrario, era un académico extremadamente cauto que temía constantemente que sus investigaciones fueran plagiadas; algo muy típico de quien está acostumbrado a robar el trabajo de los demás.

Imaginé muchas formas de quitarle su trabajo y, por supuesto, su honra. Pero el hombre era cauteloso en extremo. Fue mucho después de que Rita Voloschenko, pidiera ser la monitora en mi materia, que supe que podía lograr mi cometido.

Rita es una mujer menuda. De cara delgada y facciones muy pulidas. Sus grandes lentes le daban un aire de intelectual. Sus grandes suéteres y sus pantalones desteñidos, un aire de hippie. Pocas personas se imaginarían que detrás de esa figura había una mujer de grandes tetas y amplias caderas, que exudaba sexo por todos sus poros. Sólo le bastaba despojarse de su disfraz, para convertirse en la mujer más deseable de toda la universidad.

Eso lo supe la primera vez que le pedí que llevara a mi apartamento unos exámenes que debía calificar y que había dejado olvidados en mi escritorio. Tan pronto se quitó los lentes, liberó su cabello, y se levantó la blusa, yo supe que estaría completamente perdido. Esa mujer era toda

una fiera que no tenía el mayor reparo en disfrutar del cuerpo con el que la naturaleza la había dotado.

Por cerca de varios meses Rita y yo estuvimos viéndonos en secreto. En la universidad simplemente éramos alumna/monitora y profesor. Yo no tenía ningún problema en darle las mejores calificaciones, ya que la condenada era excelente desde el punto de vista académico.

Una tarde que iba con ella, camino a dictar mi clase de física de fotones, nos topamos con el profesor Kirchner. El idiota, que siempre fingía ignorarme, esta vez me saludó haciendo un gesto con la cabeza. Pude intuir que el saludo no era precisamente por mí. Su mirada se concentró unas milésimas más de lo debido en mi acompañante. La señorita Voloschenko tampoco ignoró el saludo y pude percibir una amplia sonrisa al verse observada por mi enemigo.

Fue en dicho momento cuando se me ocurrió un plan macabro que luego sería mi perdición.

Lo primero fue empezar a hablarle a mi alumna/amante sobre mi colega como si yo lo admirara. No perdía la oportunidad de hablarle de sus reconocimientos académicos y de sus publicaciones. Al mismo tiempo le dejaba entrever que había cierta enemistad entre ambos. Mi plan era que ella, por su cuenta, quisiera saber más de mi rival. En varias oportunidades dejé sobre el escritorio algunos de sus artículos académicos con la esperanza de que Rita los devorara sin compasión.

La segunda parte de mi plan parecía un poco más difícil. Tenía que lograr que ambos se conocieran. No fue tan complicado cuando empecé a notar miradas furtivas entre ellos en los corredores de la universidad o en la cafetería. Yo que me había vuelto más retraído a partir del rechazo de mis colegas por mis supuestos celos profesionales, volví a frecuentar espacios académicos y empecé a asistir nuevamente a las conferencias científicas que se dictaban en la ciudad. No importaba lo que pensarán de mí, Rita Voloschenko fue mi compañía habitual, al fin y al cabo, yo es-

taba divorciado y me halagaba que me vieran con la joven. Con la universidad no tendría problemas. Todos reconocían el talento de la estudiante y sabían que no había ningún tipo de irregularidad con sus calificaciones. La vida privada no importaba desde que siguiera siendo privada.

Por fin, en una de las jornadas académicas programada por otra universidad, tuve la oportunidad de encontrarme con Rogelio cara a cara. Rita y yo íbamos abrazados. Los presenté y vi en los ojos del “viejo verde”, el brillo del ladrón que acaba de ver la joya que quiere robar.

Pecaría de insensible si dijera que no me molestó su mirada lasciva sobre mi compañera, pero era un riesgo calculado que debía afrontar. Rita se mostró muy emocionada de conocerlo personalmente. Le habló de sus impresiones sobre sus artículos sobre la luz y le contó que había leído su trabajo sobre el tornasolado en las telas de las arañas, trabajo que por supuesto yo había ocultado que fuera mi autoría. Rogelio casi se ahoga con la copa de vino que tenía en su mano. Yo disimulé y corrí a buscar un vaso de agua para mi colega que tosía con la cara roja. Por un momento pensé que mi plan no se concretaría.

A partir de aquel momento, vi que Kirchner y la Voloscenko se saludaban en la universidad cuando se encontraban. Hasta pareciera que se estaban haciendo amigos.

La tercera parte fue más fácil. Yo sabía que Rita quería, al terminar el doctorado, quedarse como profesora adjunta de la universidad. Comencé a calentar su oído diciéndole que haría hasta lo imposible para que obtuviera dicho puesto. Le dije que había hablado con el decano y con el rector, y que casi con seguridad estaría dentro de los candidatos.

Después de nuestros encuentros íntimos le hablaba de las perspectivas laborales y, al mismo tiempo, le explicaba que su principal oponente era un candidato propuesto por Rogelio Kirchner, lo cual era falso. Le explicaba que únicamente había una manera de evitar que su candidato no quedara con el puesto: salirle al paso a Kirchner en su investigación.

Poco a poco la fui convenciendo de que si lográbamos saber cuál era el proyecto secreto de Kirchner, podríamos vencerlo.

Fue un viernes por la noche que Rita se apareció en mi edificio más seductora que nunca. Ya había dejado los suéteres anchos y los pantalones desteñidos y ahora acostumbraba usar ropa ajustada que resaltaba sus atributos. Parecía una modelo la que golpeaba a la puerta de mi apartamento.

— Te tengo un regalo —dijo a la vez que me mostraba unas fotocopias argolladas—, pero primero, lo primero...

Después de hacer el amor hasta la saciedad, Rita con su movimiento felino caminó hasta la sala y me alcanzó el libro argollado.

— ¿Es esto cierto?

— ¡Así es! Rogelio... digo, el profesor Kirchner —corrigió inmediatamente—, está trabajando en la teoría de que hay un color más oscuro que el negro.

— ¡Rogelio! ¡Ya lo llamas Rogelio!

— ¡Ay, mira! No estamos para que me hagas un ataque de celos. Tú sabes que entre nosotros nunca podrá haber nada. Ya lo hemos discutido y ninguno de los dos quiere ataduras. Primero están mis estudios y mi trabajo. Y dentro de tus prioridades está tu empleo, tus hijos y cumplir con la demanda que te puso tu ex esposa. No volvamos esto un melodrama.

— ¿Te acostaste con él? —pregunté profundamente herido.

— No tuve que hacerlo. Pero sí, hemos salido un par de veces, y me dejó entrar a su laboratorio.

— ¿Te has enamorado de él? —dije con temor, olvidando que ese había sido mi plan inicial.

— ¿Estás loco? ¿No era esto lo que habíamos planeado para destruir su carrera y evitar que su candidato se quede con mi puesto?

— Espera... ¿dijiste que entraste a su laboratorio?

Había olvidado lo inteligente que era Rita Voloscenko. No solamente inteligente. Era calculadora, bella y ardiente. El resto de la noche lo demostró varias veces.

A la mañana siguiente, sábado, leí la copia de su proyecto de investigación. La idea era fascinante. Los colores, como los percibimos, se deben a que una superficie refleja algunas longitudes de onda; el blanco es el resultado de la reflexión de todo el espectro lumínico y el negro la ausencia de reflexión. Pero el trabajo de Rogelio iba más allá: se trataba de un modelo matemático que proponía la posibilidad de crear un color más oscuro que el negro, si se lograba una superficie que no sólo recibiera la luz sin reflejarla, sino que también, de forma activa, la atrajera hacia sí. En otras palabras, si creaba una especie de imán que atrajera los fotones, se generaría un color más oscuro que el negro más negro.

A la semana siguiente lo conversé con Rita.

— ¿Y qué piensas del proyecto de tu amigo?

— ¡Que no es mi amigo!

— ¿Pero qué opinión tiene la doctora Voloscenko, futura profesora adjunta de física aplicada?

— Pues que en teoría puede ser posible —dijo ella entre risas.

Discutimos un rato sobre los aspectos técnicos de la teoría. Como modelo matemático era plausible. Lo difícil sería la comprobación experimental.

Durante pocos meses estuvimos revisando las ecuaciones. El tablero de mi oficina se llenó de Sigmas, Lambdas e integrales. Cada vez que le dábamos vuelta al asunto nos parecía más interesante. Un color más oscuro que el negro. Para probarlo se debía construir una especie de agujero negro que atrajera los colores hacia sí.

Una tarde, Rita llegó excitadísima a la oficina.

— ¡Lo consiguió! Pudo hacer la comprobación en el laboratorio.

— ¿Cómo? Necesitaría la tecnología más avanzada, de la que tienen en el CERN.

— Pues anoche salí con él y me lo contó. Me mostró un video del experimento. Le insistí en verlo personalmente y vinimos en la madrugada a su laboratorio.

— ¿Y lo viste?

— No, pero me mostró el ciclotrón que construyó.

— ¿Y funciona?

— Anoche a esa hora la universidad tenía apagados los generadores de la torre A. Si se quiere hacer el experimento hay que hacerlo antes de las diez de la noche, cuando haya energía suficiente. Después de las diez, suspenden la energía en algunos sectores.

— ¿Pero funciona?

Rogelio dice que sí.

— ¡Rogelio! ¡Rogelio! —dije con rabia— Tu Rogelio me robó el trabajo de mi vida.

— Lo sé. El de las telarañas. Me lo confesó ayer.

— ¿Te lo confesó?

— Sí, estaba muy borracho.

— Es un cínico. Cómo me gustaría verlo acabado y humillado.

— Ahora tienes la oportunidad —dijo ella con un brillo en sus ojos—, mientras sacaba una tarjeta de acceso de un bolsillo de su ajustada minifalda.

— ¿Robaste su llave?

— La tomé prestada. Está con una resaca horrible y se reportó enfermo. Si quieres vamos y damos una vuelta por su laboratorio.

Tanto tiempo con ganas de husmear en su laboratorio y ahora que tenía la oportunidad me llené de miedo. ¿Y si nos descubrían? Qué tal que tuvieran una alarma, o cámaras de seguridad. Podría ser acusado de

allanar una propiedad privada. No sólo sería expulsado de la universidad, también podría ir a prisión.

Rita Voloscenko me guiñó el ojo; hacía mucho había cambiado las grandes gafas por lentes de contacto.

— Aprovechemos, es nuestra única posibilidad —me dijo con picardía.

Como un par de adolescentes que temen ser sorprendidos en una travesura, salimos de mi oficina asegurándonos de que nadie nos observara y nos dirigimos al sótano donde estaban los laboratorios. Mientras caminábamos por los oscuros corredores, las luces se iban encendiendo al activarse los sensores de movimiento. Yo caminaba con la cabeza baja, tratando de que mi cara no quedara registrada en las cámaras de seguridad. Luego pensé que era una precaución absurda, dado que mi laboratorio quedaba contigo al del profesor Kirchner. Además, contábamos con una ventaja: La cámara de seguridad sólo tenía visión del fondo del corredor. Las puertas de ambos laboratorios quedaban en un espacio ciego que no podían captar los de seguridad. Me alegré de tener a la fogosa Rita conmigo. Si algo pasaba, sería muy fácil explicar que simplemente había bajado a mi laboratorio con mi alumna y monitora. Ya los guardias debían estar acostumbrados a vernos bajar a menudo.

Al llegar a la puerta, Rita hizo el amago de pasar la tarjeta, pero la detuve.

— No lo hagas. Deja que lo haga yo —y ante su mirada inquisidora le expliqué— no quiero que tengas ningún problema. Yo asumo todas las consecuencias.

— Eso me excita de ti —respondió ella dándome un beso—. Siempre te comportas como un caballero.

Al entrar encendí las luces con mi mano izquierda. Por mucho tiempo había sido “nuestro laboratorio” cuando habíamos sido amigos y compañeros. Me sentí un poco extraño al ver que todo había sido cam-

biado de sitio. Lo que alguna vez había sido mi escritorio, ahora servía para albergar un montón de libros y equipos en aparente desuso. Al fondo se veía el cuarto de pruebas. Me pareció ver tras el vidrio un aparato parecido a un ciclotrón en miniatura. No podía ocultar mi excitación. Podía sentir los pechos de Rita, en mi espalda y su respiración agitada.

Tenía que continuar con mi plan.

— Rita, olvidé mi cámara en la oficina. ¿Podrías subir por ella?

— Aquí tengo el celular. Podemos tomar las fotos con él.

— No. Necesito unos filtros para luz polarizada —sabía que ella lo entendería—. Hay ciertos espectros de luz que no son captados por las cámaras convencionales.

— Claro, ya vengo.

— ¿Tienes la llave de la oficina?

— Siempre la cargo —respondió mientras se sacaba de su escote dos llaves ensartadas en una cadena que le había regalado—. Tu apartamento y tu oficina —me mostró con una mirada de complicidad que me hizo arrepentirme de habérselas dado.

Apenas salió, cerré la pesada puerta metálica. Había sido una gran jugada quedarme con la tarjeta de seguridad. Así podía espiar a mis anchas sin la intromisión de la calculadora Rita.

Lo primero que hice fue revisar el acelerador de partículas del que había leído en el trabajo que ella había sustraído. Estaba ansioso por encenderlo y poder ver el color más oscuro que el mismo negro.

Encontré unas gafas para luz polarizada colgadas junto al ciclotrón y me las puse. Encendí el aparato y mientras llegaba a su máxima potencia, apagué las luces del laboratorio. Únicamente se veían iluminados los comandos del equipo. Me concentré en la cámara de pruebas, resguardada tras un vidrio, en la que se veían varios conos que apuntaban al centro. En medio de un zumbido, vi como desde cada una de las estructuras cónicas salían haces de luz que confluían en el medio.

Muy pronto se formó una especie de plasma, que comenzó a cambiar de colores. En ese preciso momento escuché golpes y gritos en la puerta del laboratorio. Era Rita que al escuchar el zumbido del equipo me insultaba y maldecía por haber empezado sin ella. No me importó. Quería tener este momento de gloria para mí solo.

Estaba ensimismado con la imagen que poco a poco se iba formando. De un momento a otro, hubo una especie de explosión lumínica y en el punto de confluencia de los haces se formó una especie de agujero negro. Los haces desaparecieron y vi que las luces de los botones del equipo iban siendo absorbidas por el agujero. Era como si el hueco atrajera las luces LED de los pilotos. Sentí que cualquier luz que hubiera en la habitación sería atraída hacia ese centro hermoso como si se tratara de un imán.

No era capaz de mirar a otra parte. Aunque quisiera, no podía apartar mis ojos de ese negro tan profundo que jamás había observado. Era lo más bello que hubiera visto en mi vida.

Quería fundirme con ese negro absoluto, que se convirtió para mí, en el centro de todo el universo. Sentí que mi retina era absorbida a través del cristalino, atraída por esa oscuridad absoluta. A pesar del dolor, permanecí inmóvil. Mis pensamientos también estaban siendo atraídos inmisericordemente por ese agujero negro, negrísimo.

Desperté, confundido, en medio de la oscuridad. Estaba acostado sobre una superficie suave que parecía una cama. Unos pitidos electrónicos sonaban al mismo ritmo que mi corazón. No sabía cómo había llegado hasta allí, ni cuánto tiempo había permanecido en ese estado. Alguien a mi izquierda habló, tratando de tranquilizarme. Era una voz femenina. Intenté levantarme, pero varias manos me sujetaron. Escuché que otra persona gritó pidiendo un doctor y unos segundos más tarde una voz masculina me explicaba que había tenido un accidente y había perdido la vista. Siguieron una serie de explicaciones que no entendí

completamente; tal era mi estado de confusión. Solo había algo claro. El daño era irreversible.

Tiempo después, no sabría si días u horas que me parecieron una eternidad, pude distinguir la voz de Rita Voloschenko que me explicaba que había usado unos lentes inadecuados para el experimento. El agujero negro había absorbido todo tipo de luz, hasta tal punto que se había tragado la escasa luz que había entrado a mis ojos, haciéndome un daño irreversible.

Me dio un beso en la frente y sentí que sus lágrimas cayeron hasta mi cara. Tuvieron que inyectarme un sedante cuando me dijo con voz quebrada que sería nuestro último encuentro y no volveríamos a estar juntos nunca más.

¿Acaso existe una oscuridad peor?

Por un tiempo pensé que la universidad tomaría represalias por lo que había hecho, pero salí bien librado. No querían mala publicidad y me ofrecieron un retiro con una modesta pensión.

Rita fue nombrada como mi reemplazo en la cátedra de física y rápidamente se convirtió en la directora de investigaciones.

A veces recuerdo sus palabras de despedida, y sus lágrimas rodando por mi cara. En mi cabeza resuena entonces la voz de Rogelio Kirchner que, desde el fondo de la habitación, le decía: — “Es hora, se nos hace tarde. Vámonos ya, mi amor”.



Memo Ángel. Una pregunta, 2021

Acuarela sobre papel
Tamaño: 25 cm x 35 cm